



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Un maravilloso poder liberador

Exposición del Mensajero del Eterno

**Q**UÉ maravillosa gracia es saber que, cuando nos sentimos desgraciados, el Eterno puede consolarnos de una manera inefable. Al no tener los seres humanos ninguna noción de las cosas verdaderas, muy a menudo son cogidos de improviso por ciertos acontecimientos que les suceden. Estos son verdaderos enigmas que se les hacen imposible resolver, porque para comprenderlos requiere tener el hilo conductor.

La adversidad que los asalta les hace sentirse infelices y desamparados. Entonces suspiran por un punto de apoyo seguro, por una base sólida. Esta base es la Roca de los siglos nuestro querido Salvador. Los que la encuentran pueden sentir su inmovible solidez y se sienten consolados.

Antiguamente ya los profetas anunciaron tiempos de alegría y de refrigerio. Isaías especialmente enseña que la humanidad se alborozará con regocijo cuando vea la salvación que Dios le ha preparado. Los seres humanos entonarían entonces cánticos de alabanzas y de júbilo al Omnipotente por su maravillosa liberación, realizada por medio del rescate pagado por nuestro querido Salvador.

Acerca de nosotros, somos grandemente favorecidos al haber oído hablar de la verdad y haberla comprendido. Así podemos dejarnos influenciar por su glorioso poder.

Naturalmente, estamos expuestos a toda clase de impresiones. Algunas nos ayudan maravillosamente a cristalizar en nosotros la gracia divina, y a dejarnos transformar por el espíritu del Eterno. También se manifiestan impresiones contrarias. Por tanto, se trata de escoger las buenas impresiones y de rechazar las malas.

Para nosotros mismos, si corremos para el llamado del pequeño rebaño, cuando hayamos llenado fielmente todas las condiciones del programa divino, podremos sentir alegría al desaparecer de esta tierra, puesto que pertenecemos al llamado celestial.

Cuando podamos decir como el apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe", entonces podremos con toda certidumbre estar entusiasmados de poder dar el último soplo de nuestra vida terrenal por la obra tan bendita de nuestro querido Salvador.

Cada consagrado ha de afirmar su vocación y su elección. Para eso a cada uno se le concede un tiempo necesario. Por otra parte, estamos en el período de transición en que termina el tiempo de las naciones y empieza a establecerse el Reino de Dios sobre la tierra. Por tanto, los que son del santo Ejército pueden ahora dirigirse a la vida eterna. Pueden evitar la muerte si realizan las condiciones de su maravilloso

llamado terrenal.

Esta es una gracia inexpresable; pero aún somos a menudo negligentes, lo que nos hace sensibles a toda clase de cosas que nos alejan de la meta, y en ciertos momentos la perdemos de vista. Es interesante constatar que cuando no estamos en la buena situación, no estamos tampoco en el contentamiento.

Tenemos entonces toda clase de titubeos, de considerados, de pensamientos que obran en nosotros de una manera muy desventajosa, especialmente para nuestra fe.

Es así como ciertos hermanos y hermanas han tenido la oportunidad de ponerse en las filas y de abnegarse por la obra del Señor. Pero he aquí, han dejado subir en su corazón impresiones tales como éstas: "Tardará todavía a producirse la caída definitiva de Babilonia, por tanto tenemos tiempo." Por este hecho vacilan, tergiversan, y finalmente no dan el paso que les había mostrado el Señor.

Así pierden la maravillosa ocasión que el Señor había puesto delante de ellos para ser colaboradores útiles y recibir una grandiosa bendición. Han perdido de esta manera la bendición y el diablo ha logrado su propósito. Naturalmente, cuando vemos que nos hemos dejado embaucar por el adversario, basta simplemente con recobrarlos. Pero luego no hay que tergiversar más, porque el paso que conviene dar se hace cada vez más difícil.

El Señor Jesús no vaciló. Era el Hijo de Dios, pero también un consagrado del Eterno. Siempre fue fiel y trabajó de una manera gloriosa para la salvación de los seres humanos. Quería realizar el plan de Dios, y por eso dio su vida. Dijo: "Mi vida nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la doy." Si no hubiera querido darla, nadie hubiera tenido el poder de quitársela. Nuestro querido Salvador estaba del todo unido a su Padre en su obra de reconciliación que le costaba la vida.

El programa divino es grandioso y debe obrar profundamente en nuestro corazón. El objetivo propuesto es realizar los sentimientos de un hijo de Dios. Si el espíritu de Dios puede obrar suficientemente en nosotros, estamos entusiasmados de los caminos divinos y los apreciamos sobre cualquier otra cosa. Así estamos protegidos acerca de los malos.

Un miembro del Ejército del Eterno que vive verdaderamente el programa divino, debe tener conciencia de esta protección. Cada día puede experimentar en sí una nueva vitalidad. Si hace todo lo necesario, ésta se manifiesta entonces visiblemente.

Si se trata de un miembro del real sacerdocio, éste da su vida cada día, pero el Señor lo

guarda. No permite que un miembro del cuerpo de Cristo sea segado antes de que haya afirmado su vocación y su elección. No hay nada que temer en esta dirección, ninguna duda en este sentido. Pero es preciso que el consagrado viva su ministerio de sacerdote.

Somos miembros del cuerpo de Cristo tanto tiempo como procuramos renunciar y ser unos con el sumo Sacerdote, Cristo, que sólo nos sacrifica si lo queremos. Nuestro querido Salvador dice: "Ninguno puede ser mi discípulo, si no renuncia a sí mismo."

El que no quiere renunciar, es asunto suyo. Si sólo quiere renunciar un poco, también a él le concierne; pero es seguro que de esta manera tampoco puede tener una verdadera seguridad. En cambio el que es fiel, totalmente fiel, está plenamente seguro.

Un hijo de Dios consagrado, que afirma su vocación, puede dar un testimonio parecido al de Esteban. Este estaba completamente deseoso de pagar todo el precio, de realizar el completo sacrificio, y lo hizo íntegramente. Todos los verdaderos consagrados están deseosos de obrar de esta manera y de tomar sobre sí aflicciones que corresponden a Cristo.

Es una inmensa bendición y una gloria maravillosa que el Señor concede así al real sacerdocio; pero no olvidemos que para hacernos dignos, es menester pasar por una educación apropiada y esmerada.

Esta educación, como miembros del cuerpo de Cristo, es gloriosa. Es preciso mantenernos siempre en el Monte de Sión. Los ciento cuarenta y cuatro mil, mostrados en el Apocalipsis, están en el Monte de Sión. Ante ellos tienen las maravillosas promesas y todo esto les es procurado por el espíritu de Dios. Por este hecho pueden realizar todas las pruebas con facilidad.

Es así como poco a poco se quedan del todo desintoxicados del veneno demoníaco, porque también son seres humanos como los demás. Tienen un viejo hombre y una nueva criatura y han de ser completamente purificados por el altruismo que viven.

Cuando un miembro del cuerpo de Cristo ve que otro es alabado, se regocija. Si no se regocija, hace falta que se humille, porque ésta no es la situación de corazón de un hijo de Dios. Cuando se corrige así él mismo honradamente, el Eterno le ayuda de una manera maravillosa, y está seguro de llegar a la meta. Pero es menester que se ponga voluntariamente sobre el altar del sacrificio, y que en todo tiempo esté deseoso de dejarse inmolar.

Cuando un hijo de Dios ha sido fiel hasta la muerte, su desaparición es un maravilloso legado de bendición, a causa de la fidelidad

en que lo hemos visto vivir. Por eso, el apóstol dice que no debemos estar tristes acerca de los que duermen, porque han afirmado su vocación y su elección y han llegado a ser más que vencedores.

El que es fiel recibe la corona de la vida. Por tanto, es muy conveniente que estemos desbordantes de gratitud de poder correr en esta inefable carrera del alto llamado. Los que no son suficientemente fieles, caen en la clase de la gran compañía, y este es todavía el efecto de la inmensa misericordia divina.

En cuanto a los que corren para el Ejército de Dios, tienen ante sí la perspectiva de la vida eterna. Es preciso que puedan sentir penetrar la vida en sí; en efecto, tenemos que dar un poderoso testimonio, no sólo de palabra, sino de hechos. Por eso nos regocijamos tanto las gloriosas riquezas que el Señor nos ha concedido en su gracia, para que podamos salir de las tinieblas, alcanzar la luz, y llegar a ser una manifestación de la gloria de Dios.

Queremos estarle profundamente agradecidos al Señor por sus amables instrucciones, por su amor y su solicitud. El cuida de nosotros, nos guarda y nos protege. Todo esto debería llenarnos de alegría y producir una reacción que nos impulsara a alabar al Eterno con todo nuestro corazón, hasta poder decir también: "Cantad al Eterno, alabad al Eterno, porque El libra el alma de los pobres de la mano de los malos."

No hay solamente malos seres espirituales que están en las regiones celestes que hacen sufrir a los hombres, sino que también hay hombres que hacen sufrir a su prójimo. Hay además otros malos que hacen sufrir a los seres humanos, son las ilegalidades que cometen, también su carácter, su mentalidad egoísta. Es esto lo que provoca las enfermedades, que son las precursoras de la muerte.

La verdad nos libera de todos los malos, cualesquiera que sean. Por eso podemos cantarle al Eterno un cántico de alegría y de felicidad, y contar con El continuamente, darle siempre toda la precedencia. Naturalmente, esto requiere ser completamente honrados con los caminos divinos, si queremos ser libres de la libertad de los hijos de Dios.

Ahora, la sinceridad deja aún mucho que desear en medio de nosotros. Por tanto, es el momento ahora o nunca de entregarnos al programa divino con toda la seriedad que trae consigo. En efecto, el tiempo es corto, y por eso todos los minutos y todos los segundos son muy preciosos.

Es muy necesario, pues, que dejemos toda la hipocresía y nos volvamos veraces. No dejo de repetirlo, en las reuniones de santificación, la mayoría de las veces no somos verdaderamente sinceros. Cuando damos el testimonio, adornamos las cosas, no las mostramos tal como son en realidad. De esta manera sólo obtenemos la mitad o un cuarto de resultado. ¿Cómo lograr entonces desprendernos prácticamente de la influencia de los malos, y sobre todo del malo que tenemos más cerca y que es el más reactivo de todos, nuestro viejo hombre?

Si tememos resistirle, nos quedará a cuenta, y la nueva criatura no podrá desarrollarse. Así seremos vencidos, a pesar de tener en manos todo para ser vencedores. Por eso, en una reunión de santificación deberíamos abrir todo nuestro corazón, mostrarnos como somos. Es el único medio de reformarnos.

Si nos avergüenza confesar tal o cual debi-

dad que tenemos, simplemente no la comemos más. Cuando nos venga la sugestión, nos diremos: "¡Alto!, si te dejas sugestionar, tendrás luego que confesarlo en la reunión del cambio del carácter; no lo hagas, pues". Si somos consecuentes, esto nos ayuda entonces a reformarnos.

Estemos completamente decididos a hacer desaparecer nuestro viejo hombre, efectiva y no teóricamente. Si titubeamos, estamos ya en las manos del adversario; nos cogerá siempre en uno u otro sentido. O bien nos hará creer que estamos totalmente en orden, o nos dirá: "¡Es inútil, nunca llegarás, no merece la pena que sigas, no puedes vencer las dificultades, son demasiado grandes!"

Por tanto, requiere toda una educación para adquirir la mentalidad divina. Todos los hombres de Dios pasaron sus propias experiencias. Las distintas manifestaciones que de ellos nos refieren las Escrituras, muestran que su estado espiritual no estaba siempre conforme a los principios divinos. Naturalmente, tenían también su carácter que reformar.

Por ejemplo, cuando leemos lo que Jeremías escribió en el capítulo veinticinco de su libro, percibimos que se estaba encolerizando. Por eso le entró el deseo de que la ira de Dios se encendiera contra las naciones.

El profeta Elías, tampoco estaba contento con los sacerdotes de Baal. Su descontento llegó tan lejos que masacró a más de cuatrocientos de ellos. ¡Qué horrible carnicería! Es como para Moisés cuarenta años antes de comenzar su ministerio, no encontró otra cosa mejor sino matar a un egipcio, porque éste maltrataba a un israelita.

Todas estas manifestaciones no tenían nada que ver con el carácter y los pensamientos del Eterno. No es así como podemos pretender introducir el Reino de Dios en la tierra. Por eso Moisés pasó por múltiples experiencias en el desierto durante cuarenta años. El aprendió tales lecciones, durante esos cuarenta años, que las Escrituras dicen que llegó a ser el hombre más apacible de la tierra. Había tenido así la ocasión de desaprender toda la sabiduría diabólica que había adquirido en la corte de Faraón. Y como lo sabemos, es mucho más difícil desaprender que no aprender.

Nuestra lección de hoy nos muestra cuán urgente es que nos desembaracemos de todas las impresiones falsas, malas y malvadas que hemos almacenado en nuestro cerebro. ¡Cuán necesario es, pues, que nos sometamos humildemente a las directivas del Señor!

Los malos no subsistirán. El profeta Malaquías nos dice que serán como estopa, que no se les dejará ni raíz ni rama. Y no es el Eterno quien se encarga de ese trabajo, sino que son ellos mismos que lo realizan con los sentimientos que manifiestan, y que los destruyen.

Por tanto, si queremos permanecer, es preciso quitar de nuestro corazón toda la maldad que aún hay en él. Esta se expresa de toda clase de maneras, por el orgullo, la jactancia, la animosidad, los celos, la indiferencia, la suspicacia, la acritud, la dureza, la frialdad, etc. Todo esto ha de desaparecer absolutamente de en medio de nosotros, para dar lugar a un amor fraternal, sincero y veraz.

Si queremos alcanzar la meta propuesta, es necesario ejercitarnos en tenerle una calurosa amistad a cada uno. Cuando nos cuesta manifestarla a un hermano o a una hermana, es preciso trabajar la situación sin descanso,

hasta que el amor haya triunfado en nosotros de cualquier otro sentimiento.

Esto tiene la prioridad sobre todo lo demás, porque el Reino de Dios tiene como base el amor. Si falta el amor, nuestro celo refleja amargura. Entonces somos como metal que resuena, o címbalo que retiene, y no podemos traer la unción de la bendición ni el consuelo divino, el espíritu de paz y de reconciliación.

Nuestro enemigo más encarnizado, el malo que más trabajo nos cuesta discernir, es nuestro viejo yo, que es mentiroso e hipócrita. Pero si dejamos que la verdad ilumine y penetre en el fondo de nuestros corazones, lo descubrirá completamente. El misterio de la iniquidad es descubierto por el misterio de la piedad vivido. De esta manera la manta queda tirada, y podemos combatir con éxito.

En el precioso libro *El Mensaje a la Humanidad*, escrito a la luz divina, todo está puesto magistralmente al descubierto. Por eso estamos al corriente, y no podremos decir que no nos hemos enterado. Ahora, pues, somos responsables de lo que sabemos.

No debemos tener descanso hasta habernos desembarazado de nuestro viejo hombre que quiere siempre tener razón, recibir honores, ser adulado, disculpado, rehabilitado ¡y qué más diré! Tiene todas las pretensiones y exigencias.

En cambio, la nueva criatura no tiene pretensiones. No importa si nos han calumniado, acusado injustamente, desatendido, etc. Si el Señor lo ha permitido, es que era indispensable para nuestro desarrollo espiritual.

¿Cómo puede un consagrado realizar su ministerio de sacrificio si no tiene que soportar algo? Y si reclama, si quiere que le hagan justicia, ¿cómo cumple con su ministerio? Esto demuestra simplemente que no lo realiza y que se olvida completamente de él.

Vemos, pues, que queda todavía mucho por hacer en nuestro corazón para lograr ser verdaderos hijos de Dios, como este es nuestro propósito, y afirmar verdaderamente nuestra vocación y elección.

Las Escrituras dicen: "Vosotros sois el templo del Dios viviente, si el espíritu de Dios habita en vosotros." Esto requiere librar una batalla; pero si ponemos en ella todo nuestro corazón, el Señor pondrá también toda su bendición. Hagamos, pues, lo necesario para poder llegar a ser una habitación del Eterno y servir para su gloria.



### Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos podido dar el paso, vencer la enemistad, el orgullo, la acritud, traído sólo impresiones de nobleza y de bondad?
2. ¿Cómo hemos progresado en los sentimientos altruistas y cultivado las impresiones divinas?
3. ¿Hemos podido realizar la bondad, buenos pensamientos, reflejos divinos, amado y perdonado con todo nuestro corazón progresado en la sinceridad y en la paciencia?
4. ¿Hemos renunciado fácilmente, sido más desinteresados, realizado la verdadera amistad del Reino de Dios?
5. ¿Cómo hemos aprendido las lecciones de fe, de paciencia, de amor fraternal, de humildad, de sinceridad, de unidad?
6. ¿Vamos adquiriendo más fe, honradez y alegría en el combate?